

tra su costumbre, no besó la baronesa las mejillas de su amiga.

Luis también había desaparecido con la concurrencia. Por lo visto, había vuelto á salir, pues no estaba en su cuarto. Margarita se retiró silenciosa á su habitación; besó á Serafín, que dormía dulcemente, y rompió á llorar, porque no pudo contener por más tiempo el llanto que se agolpaba á sus ojos.

## CAPÍTULO XXIII

### EL ESCRITO

Al día siguiente el Sr. Buenaventura acudió al despacho de Góngora más temprano de lo ordinario. Oculta la mirada detrás de los cristales de sus gafas, con la boca fruncida y el paso precipitado, marchaba sin detenerse, murmurando entre dientes siempre que algún obstáculo lo detenía. Al fin llegó, y era tal su impaciencia, que tropezó en el portal de la casa tan violentamente, que fué á caer de boca al pie de la escalera principal; el sombrero saltó de su cabeza, y las gafas se escaparon de sus ojos, haciéndose pedazos contra el mármol de los primeros escalones. Prorrumpió en una interjección furibunda, hizo esfuerzos para levantarse; pero antes de que pudiera conseguirlo, sintió sobre su cabeza una tremenda carcajada.

No hay nada que desespere tanto al que cae como la risa de los que presencian la caída, y nada más difícil que reprimir esa cruel hilaridad, que nos acomete siempre que vemos rodar un hombre por el suelo. El Sr. Buenaventura, indignado contra la burla de que era objeto, apoyó las manos sobre el pavimento y alzó los ojos, encendidos en aquel instante por el fuego de la ira. Mas apenas los fijó en la persona que los tenía delante, los bajó rápidamente, como si hubiera experimentado en ellos un repentino deslumbramiento.

Apoyado, á la vez, sobre las manos y sobre las rodillas,

permaneció inmóvil. ¿Le faltaba la fuerza necesaria para levantarse, ó es que había perdido la voluntad de moverse?..

Lo que había visto al levantar los ojos en el momento de la caída, no era, ciertamente, una aparición terrible que pudiera llenarlo de espanto; pues la carcajada que estalló sobre su cabeza procedía del coronel Montero, que llegaba á la última meseta de la escalera cuando el Sr. Buenaventura perdió los pies y fué á caer de bruces.

— ¡Diablo..., señor amanuense — exclamó el coronel, — esa manera de entrar en las casas es algo peligrosa!.. Ha saltado usted como una pluma para venir á caer como una piedra.

Y bajando los escalones que lo separaban del Sr. Buenaventura, le tendió la mano, añadiendo:

— ¡Eal, arriba. Esos golpes en las rodillas es malo que se enfríen.

Rehusó la mano que Montero le ofrecía, gruñó sordamente, y apoyándose con mayor esfuerzo sobre los brazos, logró ponerse de pie, y volviendo la espalda al coronel, fué á buscar su sombrero.

Montero hizo un gesto que era á la vez burlón y compasivo; es decir, que participaba al mismo tiempo de su corazón y de su carácter, y exclamó:

— ¡Holal!.. ¡Me guarda usted rencor porque no he podido contener la risa!.. Perdónese usted..., pero... ¿á quién demonio se le ocurre venir bailando como un trompo desde el portal hasta el pie de la escalera?..

Por toda respuesta el Sr. Buenaventura se encasquetó el sombrero hasta las cejas, y sacando el pañuelo se lo aplicó á la boca, cubriéndose con él la mitad de la cara. Hecha esta operación, miró al coronel de soslayo, y se dirigió cojeando á la puerta del entresuelo que conducía al despacho.

Montero lo vió entrar, siguiéndolo atentamente con la mirada, y luego que lo hubo visto desaparecer detrás de la puerta, se detuvo rascándose la frente en actitud pensativa. Ya sabemos que no era la reflexión la cualidad dominante del coronel; mas venciendo sin duda los impulsos de su genio ejecutivo, parecía dominado por una idea probablemente súbita y tal vez descabellada, que daría rápidamente vuelta en el torbellino de su imaginación. Así debió ser, pues sacudiendo de pronto la cabeza, como quien desecha un pensamiento desatinado, atravesó el vestíbulo y salió á la calle, diciéndose á sí mismo:

— No, no... Pobre hombre.

El Sr. Buenaventura entró en el despacho, en el cual encontró á Luis sumergido en un mar de libros y papeles, haciendo correr rápidamente la pluma sobre los pliegos que tenía delante. La presencia del amanuense no le hizo interrumpir su tarea y continuó escribiendo, mientras el Sr. Buenaventura, de pie y delante de la mesa, seguía con atentos ojos el rastro que la pluma iba dejando sobre el papel. Así permaneció algunos minutos, mudo é inmóvil, hasta que Luis soltó la pluma, repasó lo último que había escrito, y reunió por su orden los pliegos que sucesivamente había ido numerando.

Hecho esto, se puso de pie, diciendo:

— Es usted, Sr. Buenaventura, un hombre verdaderamente puntual, pues ha tenido usted la feliz ocurrencia de anticiparse una hora, y llegar en el momento en que yo ponía el punto final á mi tarea.

Quiso el amanuense recibir con una sonrisa de humilde complacencia las palabras del abogado, pero debió sentir de pronto algún dolor repentino, causado por la caída que acababa de dar, pues bajó la mano y se rascó la rodilla, convirtiéndose la sonrisa en una mueca indefinible. Luis no reparó en ella y añadió:

— Ahora le toca á usted completar mi trabajo, poniéndome en limpio este escrito. No se admire usted del volumen que presenta. En mis borradores cuido siempre de que haya grandes espacios entre renglón y renglón, para hacer cómodamente las correcciones necesarias, y hago la letra grande y clara, para hacer más fácil la copia. Vea usted... Todos estos pliegos puede usted reducirlos á menos de la mitad. Yo he pasado toda la noche haciendo este escrito, pero usted puede copiarlo en dos horas.

— ¿Urge?... — preguntó el amanuense.

— Sí — contestó Luis. — Quiero que hoy mismo sea presentado ante el juez.

Sentóse el Sr. Buenaventura delante de la mesa, y preparó el papel para dar principio á la copia del escrito. Antes de coger la pluma, dijo:

— Si usted me permite, lo leeré todo... Es mi costumbre, porque una vez leído el documento que se copia, corre más fácilmente la mano.

— No hay inconveniente en que usted lo lea antes de copiarlo, si de esa manera ganamos tiempo.

— He ahí el caso — añadió el amanuense. — Ganar tiempo es ganar mucho, y algunas veces es ganarlo todo.

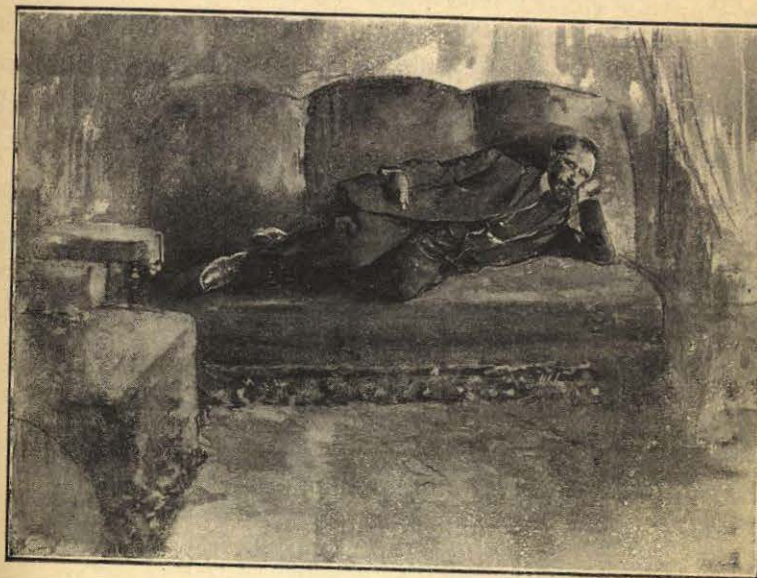
Luis no podía desconocer la exactitud de esa observación, y así es que nada tuvo que replicar á ella. Por otra parte, había pasado la noche en vela, y sentía sobre sus párpados la fatigosa pesadez del sueño, por lo que se acercó al sofá y se dejó caer en él. Allí se reclinó lo mejor que pudo, cerró los ojos, y, quieras que no quieras, se quedó dormido.

El Sr. Buenaventura devoraba entre tanto el escrito, dejando un pliego y tomando otro, deteniéndose en algunos pasajes, volviendo de vez en cuando sobre los ya leídos, para seguir atentamente el hilo y no perder punto ni coma. Al terminar la lectura, dió una fuerte palmada sobre la mesa, exclamando:

— ¡Bravo..., es una obra maestra!

Luis abrió los ojos, y el amanuense añadió:

— Muy bien. Está perfectamente recogida toda la substancia esparcida en esos documentos. No hay duda..., está perfectamente libada en estas flores testamentarias toda la



Se acercó al sofá y se dejó caer en él

huel de la acusación. Esto se llama sacar jugo de una piedra.

El abogado acabó de despertarse, y no pudo evitar la expresión de complacencia que se dibujó en su rostro; porque, en primer lugar, aquel asunto le interesaba sobre manera, y en segundo lugar, sentía satisfecha su vanidad de jurisconsulto. Las alabanzas del Sr. Buenaventura las tomaba como un feliz presagio, y además..., vamos, además no era absolutamente insensible á los halagos de la lisonja. El demonio de la adulación es muy sutil, y encuentra siempre alguna rendija para penetrar hasta el fondo del alma.

El Sr. Buenaventura siguió diciendo:

— Este escrito va á producir mucho ruido en el foro, y sobre todo va á caer sobre Valle alegre como un rayo. Basta este hábil discurso para llevar al ánimo de los tribunales la convicción moral de que el opulento banquero estafó al difunto Americano. ¡Friolera! La cosa es clara como la luz; se ve perfectamente todo el tejido de una estafa en grande escala; porque ha sabido usted anudar uno por uno todos los cabos sueltos que arrojan los diversos documentos de este pequeño archivo testamentario. Ello es una red admirablemente urdida; una red de presunciones vehementes, en la que va á caer la ya dudosa moralidad de nuestra parte contraria sin duda alguna; pero los tribunales no fallan por presunciones. Es una diablura; mas se encogerán de hombros ante los más fuertes indicios, y pedirán la prueba, la prueba.

— La prueba — dijo Luis conteniendo un bostezo — es, en efecto, indispensable.

— Y bien — preguntó el amanuense; — ¿la tenemos?

— La tenemos — contestó Luis.

— ¿Prueba clara, patente, irrecusable, invencible?

— Tenemos — replicó Luis — la prueba necesaria para obtener una sentencia favorable.

— ¡Ah! — exclamó el Sr. Buenaventura. — En ese caso el banquero está perdido...; porque, ¡diabló!, esto, más que materia de litigio, es materia criminal. El Sr. Valle-alegre no arriesga sólo unos cuantos millones.

— Mucho arriesga — añadió Luis. — Puede verse comprometido en un proceso poco honroso.

— Así como suena, Sr. D. Luis. Poco le importa al afortunado millonario que usted convenza al mundo de que es un bribón de siete suelas, si los tribunales le absuelven. Por lo tanto, hay que contar con que desplegará todos sus grandes recursos.

— Así lo espero — dijo Luis.

— Por eso — replicó el amanuense — me tomo la libertad de insistir en la prueba, esto es, en la prueba jurídica, en el testimonio fehaciente, no sea que vayamos á meternos en un mal negocio.

— La prueba, Sr. Buenaventura, es el fundamento del escrito que acaba usted de leer.

— Ajajá... ¿Prueba documental?

— Documental — contestó el abogado.

— Eso sí. Mas ¿por qué no hace usted referencia de ella en el escrito?

Luis movió la cabeza con cierta desdeñosa superioridad, para advertir al Sr. Buenaventura que su pregunta era demasiado inocente. Éste abrió los ojos cuanto pudo, y se quedó mirando á Luis, que abandonó el sofá, diciendo:

— Sería una torpeza descubrir desde el principio lo que, militarmente hablando, puedo llamar la base de mis operaciones. El abogado de Valle-alegre es demasiado hábil, y es preciso andar con mucho tiento. Yo presento en mi escrito todos los indicios que contra el banquero resultan por el examen de los documentos á que en el mismo escrito me refiero. Ya sé el camino que va á emprender para destruirlos, y ahí es precisamente donde yo lo espero, porque ahí no tiene salida.

— ¿De manera, Sr. D. Luis, que se trata de una celada?

— Eso es; de una celada necesaria por mi parte, y por la suya inevitable.

— ¡Ah, maestro, maestro! — exclamó el Sr. Buenaventura. — No extrañe usted que mi pobre entendimiento no comprenda por qué en su alta sabiduría jurídica se reserva esa prueba formidable, que presentada desde el principio puede resolver el caso favorablemente. Perdone usted mis impertinencias, añadió humildemente; pero me he criado entre papeles, y tengo una afición decidida á esta clase de asuntos.

— Es muy sencillo — dijo Luis. — La prueba que poseo tiene por sí sola un valor que equivale, por ejemplo, á diez; pues bien; presentándola en el momento oportuno, valdrá como veinte.

— Ya..., ya — exclamó el amanuense con aire reflexivo.

— En una palabra — añadió Luis, — quiero asegurar al derecho que defiende un éxito completo.

— ¡Soberbio! — volvió á exclamar el Sr. Buenaventura.

— El desalmado de Valle-alegre las va á pagar todas juntas. Sr. D. Luis — añadió, restregándose las manos, — tenemos contra ese bribón una prueba incontestable que nos ha caído por la chimenea. ¡Magnífico! Manos á la obra.

Y disponiendo el papel, comenzó la copia del escrito.

De pronto soltó la pluma, y dándose una palmada en la frente, dijo:

— Ó yo soy un imbécil ó esto es imposible. Las iniciales puestas al margen de la liquidación pueden decir: *Veáanse cartas de Febrero y Marzo*; pero los números 52 y 53 no pueden referirse á fechas, pues en esos años, ni el Americano había venido á Madrid, ni Valle-alegre lo conocía.

— Eso es — añadió Luis interrumpiéndole. — Hemos padecido una ofuscación: las cartas pertenecen al año 63, como yo presumía, y los números 52 y 53 son los que pertenecen á esas cartas en la numeración de la correspondencia.

— ¡De modo — exclamó — que tenemos en cartera las cartas de Ripoll!

— Sí, contestó Luis.

Volvió de nuevo el amanuense á la tarea de la copia que había empezado, repitiendo de vez en cuando entre dientes:

— ¡Friolera! ¡Las cartas de Ripoll! ¡Las cartas de Ripoll!

## CAPÍTULO XXIV

### LAS CARTAS DE RIPOLL

Luis dejó al Sr. Buenaventura seguir la copia del escrito que aquel mismo día debía ser presentado como la primera pieza del pleito que iba á entablarse; pleito ruidoso, que acabaría de embargar la atención, siempre ociosa, de ese hervidero inconstante, que, á falta de un nombre propio y exacto, llamamos opinión pública. Antes de abandonar el despacho se acercó á la mesa, y por encima del amanuense estuvo contemplando la soltura con que la pluma trasladaba sobre el papel, en letra igual, encadenada y clara, el contenido del escrito. Los renglones brotaban bajo la mano del Sr. Buenaventura, como si nacieran del mismo papel en que escribía al rápido paso de la pluma. Luego que hubo admirado la gallardía de la letra, recogió la llave que había puesta en la cerradura de uno de los cajones laterales de la mesa, y asegurándose de que el cajón quedaba cerrado, se la guardó en el bolsillo.

Nada de esto advirtió, al parecer, el Sr. Buenaventura; tan embebido estaba en el trabajo de la copia, ni dió tampoco señales de advertir que Luis había salido del despacho, pues siguió escribiendo como si aquel trabajo ocupara todo su pensamiento.

Al cabo de media hora, un rumor lejano vino á interrumpirlo, y entonces detuvo el curso de la pluma. El rumor se acercó lentamente, y comprendió que era el coche, que